

## *El escritor*

Miguel Pérez Mirabal

Hay pocos misterios últimamente. Ya no hay grandes hallazgos que rajan los noticieros ni descubrimientos que cambian el curso de la historia; como si la raza humana hubiese descubierto por completo el mundo y solo la ficción parece ofrecer algo digno de maravillarse. Esta reliquia histórica que encontré oculta entre los polvorientos, amarillentos y decrepitos archivos municipales del municipio de Jayuya a principios de este año, no es un invento, un cuento o una fábula pero posee unas verdades tan deslumbrantes que más fácil es leerlas como ficción.

La Decepción del 63 (como me atrevo a nombrarlo) fue uno de los acontecimientos más controversiales de nuestra Guerra Civil y una de las razones de la victoria del Gobierno Sufragista sobre los estadistas al comienzo de la década del setenta. Sin embargo, por causas que discutiré más adelante, este suceso no sólo constituye la base del gobierno que hoy tiene la isla, sino también uno de los secretos más grandes de nuestra historia nacional.

El Gobierno Estadista estuvo en el poder desde la invasión norteamericana en 1898 . Su liderato se distinguió por un lento, pero intenso proceso de imposición de la cultura estadounidense. Con el tiempo, crecía la inseguridad en torno a si Estados Unidos era un aliado o un enemigo para el pueblo puertorriqueño. Los ánimos se fueron caldeando hasta llegar a su punto de ebullición con el surgimiento de un grupo liderado por Méndez Arzuaga, un zapatero de Arecibo, que se hacían llamar los sufragistas. Arzuaga y su partido declararon un golpe de estado al Gobierno Estadista en 1961, dando paso a la famosa Guerra Civil del 60. Los sufragistas se coronaron como los vencedores a comienzos de los setenta con el ascenso de Méndez Arzuaga al poder y con la destrucción del Aeropuerto de Luis Muñoz Marín. Su victoria ha sido memorada,

rememorada e inmortalizada como un acto de bravura y de orgullo nacional sin igual. Sin embargo, la victoria que tanto idolatramos no se debió precisamente a la valentía de los soldados, ni a las estrategias de Arzuaga, ni a la osadía de tantas leyendas de combate, ni a la intercesión de la Virgen de la Providencia, sino a la desfachatez de un pobre soldado de Jayuya.

Eusebio Robles Cáceres, nacido en 1948 e hijo de Carlos Robles Méndez (maestro de Español) y Juana Cáceres Bonilla (comadrona), era un soldado común que estaba a cargo del correo de la Compañía militar 22. Con el permiso del lector, usaré un poco de mi imaginación para brindarle un rostro al que referirse al escuchar este nombre: rostro esbelto, cuerpo enclenque, ojos hundidos y oscuros, cejas frondosas, mentón definido y frente pronunciada, pelo lacio y una hilera perfecta de dientes. En fin, una complexión tan débil e inocente que probablemente fue la razón por la que el comandante Zaragoza le asignó un puesto tan blando como el de encargado del correo (además del talento que tenía para las letras). Entre sus funciones no estaba solamente enviar y recibir las cartas de la compañía, sino también redactar las cartas de los soldados que carecían de la habilidad y el estilo para escribir. Eusebio (o Sisi, apodo que se le atribuyó por su respuesta usual a cualquier pedido: “sí, sí”), ganó rápidamente el aprecio de sus compañeros. Las letras de Eusebio y la esperanza que llevaban a Jayuya era de las pocas cosas que mantenía a los hombres con ánimo.

En Jayuya, cada dos semanas ocurría un fenómeno sin precedentes. Desde los balcones se escuchaba “*llegaron las eusitas*” (nombre que se les dio a las cartas ya que casi todas llegaban con la misma letra alargada de Eusebio y su firma en una esquina del papel). Antes de que amaneciera, se formaba una fila kilométrica de madres amamantando a sus hijos y ancianos eufóricos. Las abuelas de los soldados preparaban ollas de café y le servían a todo aquel que por horas esperaba recibir noticia de sus seres queridos. La fama de este fenómeno se propagó rápidamente y fue

cuestión de tiempo a que Jayuya se convirtiera en la fuente principal de información sobre la guerra en el centro montañoso de Puerto Rico.

A continuación, se encuentra una carta que envió Eusebio a su hermana, Solía Robles Cáceres, que data de junio de 1968. No añadiré ningún preámbulo a este texto porque considero que atrapa en sí un destello, aunque increíblemente retorcido, que no me creo digno de opacar con una pobre introducción.

*Solía,*

*No te imaginas lo que he hecho. La ansiedad me come por dentro como comején, siento que el nudo de mi garganta se convirtió en piedra, mis manos no paran de temblar, incluso cuando duermo parece que quieren desprenderse de mis brazos. Perdóname por escogerte, pero siento que debes ser la primera en conocer la verdad, toda la verdad.*

*A los tres meses de entrar en guerra, en febrero, nos enviaron a Loíza, donde el Gobierno Estadista había establecido una muralla impenetrable conocida como el “Hierro de Loíza”. El Gobierno Sufragista había enviado a dos compañías militares antes que nosotros y habían caído casi completamente en cuestión de horas; incluso enviaron al Batallón de la 800, y sus cuatrocientos hombres fueron dispersados en día y medio. Nuestra compañía no tenía experiencia militar alguna, ya que solamente habíamos trabajado en los almacenes militares fuera de combate. Sentíamos que habían firmado, con nombre y fecha, nuestra muerte.*

*Ya imaginas cómo nos encontrábamos. Nos arrancábamos las uñas con los dientes, los ojos nos palpitaban, las manos sudaban en exceso y nadie podía pegar ojo. Vivíamos en un sofocante y atormentador suplicio. Tres días antes de entrar en combate encontraron una ruta de correo sufragista que pasaba por Juncos y le permitieron a los soldados enviar sus cartas. Trabajé*

*el día entero redactando las mentiras esperanzadoras que los soldados me pedían que adornara: “tomamos Hoyomula”, “nos sobra la comida”, “pronto volveremos a Jayuya”, “sólo falta sacar a los estadistas del castillo”, “no paro de pensar en ti”, “el Comandante me ascendió”, “Loíza es nuestra”.*

*El mensajero se retrasó varios días, así que el comandante Zaragoza, que siempre confió en mí, me dejó en el almacén de reserva en Canóvanas mientras que el resto de la compañía se fue en combate. Tengo que admitir que no fue razón de alivio para mí. El Gobierno Sufragista se quedaba corto de soldados y todos sabían que Canóvanas estaba débilmente defendido . Sin la presencia de la 22, la tierra que pisaba podía ser de cualquiera que entrara.*

*El mensajero llegó dos días después de haberse ido la 22 a combate. Yo tenía órdenes del comandante Zaragoza de reincorporarme a la compañía tan pronto entregara la correspondencia y de traer conmigo municiones, y así lo hice. Un cadete me llevó en un enfangado DeSoto por rutas protegidas por los sufragistas. Llegamos a Loíza, específicamente a la colindancia entre Torrencilla Baja y Carolina. Se observaba una humareda elevándose a cientos de metros de distancia como una penumbra hambrienta. No había nadie, nadie en pie. Primero me encontré con el cuerpo de Pichi Zamorra, primo de Violeta, tu suegra, tendido en el suelo bocabajo. Y uno tras otro, vi los rostros de mis compañeros sin vida y ensombrecidos por el horror impreso en sus ojos. Sus semblantes parecían atravesarme como una bala vacía. No hay manera de que saque de mi memoria esas miradas que contenían toneladas de nada.*

*Regresamos a toda prisa para toparnos con que en cuestión de horas Canóvanas fue saqueado y tomado por el Gobierno Estadista. En cuestión de unas semanas comenzaron a caer los pueblos vecinos: Gurabo, Juncos, Caguas, Aguas Buenas; y el avance que después de varios meses había logrado el Gobierno Sufragista se disolvió antes de que cantara el gallo.*

*El cadete y yo fuimos arrestados y obligados a unirnos al bando contrario. Desde entonces, he sobrevivido de miserias y mentiras. Los soldados me han tratado como basura y he visto como se destruye nuestra isla bala tras bala. A pesar de todo, Solía, hubo algo que nunca he dejado de hacer. Te preguntarás, si hace meses la 22 fue destruida, ¿por qué siguen llegando cartas de los soldados a Jayuya? Con vergüenza digo que he sido yo quien las ha escrito. Las he escrito los últimos siete meses, todas y cada una de ellas. De mí salió la noticia de que faltaba San Juan por ganar, de que los estadistas se estaban rindiendo, de que el General Morales tomaría la gobernación, de que varios jayuyanos asumirían el gabinete y muchas otras falacias que sé que llenaron sus corazones de regocijo.*

*Si te preguntas por qué, no te puedo contestar. Pero si hubieses leído el deseo con que respondían a las cartas de los soldados, la alegría con la que contestaban a nuestras mentiras... Incluso pensando en ello se llenan mis ojos de lágrimas. ¿Desde cuándo nuestro pueblo ha estado tan vivo? Me sentía en la obligación de custodiar ese anhelo tan puro.*

*Espero que me perdones. He recapacitado, y no hay nada que me puedas decir que ya no me haya dicho. Me he escapado del campamento, y he emprendido el camino hacia casa con toda la correspondencia para revelar la verdad a todos. Probablemente, me están buscando así que, llegue o no, por favor entiende que estoy totalmente arrepentido.*

*Perdóname, hermana.*

*Con amor,*

*Sisi.*

Después de mes y medio de huir, Eusebio fue asesinado en el barrio Cialitos de Ciales, casi en la colindancia con su barrio natal, Coabey en Jayuya por dos cadetes adolescentes que le habían

seguido el paso desde que se escapó del campamento estadista. Puerto Rico entero sabía de las “eusitas”, incluso los estadistas sabían de su existencia, pero le permitían seguir con su ventura al no considerarlas como una amenaza. Este menosprecio lo describe el soldado estadista Juan Carlos Marrero a su jefe en una carta: “A todo circo le hace falta un payaso, no pierda su tiempo con él”.

Para desventura de los estadistas, las cartas fueron un incendio que se propagó por toda la isla. Jóvenes airoso se lanzaron a la guerra. Los pequeños pelotones sufragistas se convirtieron en legiones de soldados. Las cartas le hicieron pensar que la guerra estaba gana, que apoyar la causa sufragista sería como ganar una porción del Cielo. A pesar de que estos nuevos cadetes se enfrentaron a la dura realidad, el crecimiento de las masas sufragistas fue tan drástico que no se pudo evitar la contraofensiva del bando rebelde hasta el fin de la guerra en el 1971. Los soldados a los que honoramos en nuestro himno nacional no los movió el patriotismo ni los discursos inspiradores de políticos marionetas, sino la avaricia y la mentira más grotesca.

Frederick Damons, un botánico estadounidense que se estaba alojando en Jayuya, solía escribir en un diario (que se conserva en el archivo municipal) y fue testigo de una escena increíble. En la madrugada del 22 de noviembre de 1968, escribe el botánico que estaba en una pequeña plaza en el barrio Coabey, cerca del correo, recopilando en un cuaderno las anotaciones que tenía sueltas cuando llegaron dos cadetes arrastrando un cuerpo ensangrentado. Dejaron el cadáver en un banco y derramaron sobre el mismo docenas de cartas que tenían guardadas en una bolsa. Al instante, Damons huyó de la escena y se dirigió a la comisaría, por lo cual he tenido que recopilar varias fuentes de información para armar las piezas restantes de este suceso.

Habían pasado dos semanas desde las últimas correspondencias y los jayuyanos esperaban ansiosos las “eusitas”. Después de horas de esperar sin respuesta se dispersaron, decepcionados. De repente, un grito que salía de la plaza rompió el silencio lóbrego. El pueblo corrió hasta la plaza

y se encontró con el cuerpo inerte de Eusebio atravesado por dos balas en el pecho y una en el estómago junto a una pila de cartas manchadas de sangre y un papel donde escrito con sangre decía: “El escribidor”. En ese instante, Jayuya lo comprendió todo con la precisión de una revelación macabra, mientras caían al abismo eterno de la muerte y el olvido. El llanto del pueblo era ahogado por una nación colosal que se erguía sobre ellos e ignoraba lo que pisaba. Los jayuyanos vieron ese día la misma mirada que Eusebio descubrió en los cadáveres de sus compañeros, esas “miradas que contenían toneladas de nada” que parecían aterrizar en el lugar donde conoció a su primera mentira.

Eusebio es uno de los tantos fantasmas que cargan con el presente de nuestra nación, una de las tantas mentiras que edifican al país al que tanto queremos. En Puerto Rico, la verdad se ha vuelto un lujo, un territorio por el que entramos en guerra todos los días. Me siento como Eusebio mientras esperaba solo en el campamento de Canóvanas y sabía que “la tierra que pisaba podía ser de cualquiera que entrara”. Es decir, de cualquiera que pueda contar una ficción lo suficientemente creíble como para parecer verdad.